

CRITICA

Bajo la mosquitera *

Clifford Geertz

Hace más de veinte años varios antropólogos, lingüistas y sociólogos eminentes que habían sido, de una forma u otra, alumnos de Malinowski consideraron que éste había sido olvidado injustamente desde su muerte en 1942, por lo que decidieron reunir una colección de ensayos, cada uno de los cuales estaría dedicado a un aspecto particular de su obra. Pero debido a que los escritores eran sinceros y competentes, el resultado sirvió más bien para justificar el olvido que para ponerle fin. Meyer Fortes, de Cambridge, decidió que aunque Malinowski hubiera escrito persistentemente sobre Kinship, no había entendido nada. S.F. Nadel definió sus estudios sobre religión como una simplista «teología del optimismo». J.R. Firth, aunque era sensible a sus objetivos, consideró su contribución técnica sobre lingüística como «comentarios esporádicos inmersos y quizás perdidos en lo que se llama propiamente su análisis etnográfico». Edmund Leach pensaba que sus escritos teóricos «no estaban simplemente anticuados (sino) muertos». Talcott

* La reciente aparición de la versión española del *Diario de campo en Melanesia* de Bronislaw Malinowski (Júcar, 1989) nos ha aconsejado dar a conocer a nuestros lectores este texto de Clifford Geertz, publicado en *The New York Review of Books* como comentario a la edición en lengua inglesa de aquella obra.

Parsons pensaba que había interpretado erróneamente tanto a Durkheim como a Freud y apenas sabía algo de otros; Raymond Firth, que no había sabido interpretar el razonamiento económico; Isaac Schapera, que no quiso o fue incapaz de distinguir entre ley y costumbre. Sólo estaban de acuerdo en un elogio sin reservas: Malinowski era un investigador de campo incomparable. Poseía, según Audrey Richard, «una habilidad lingüística inusual, un tremendo poder para el contacto personal y una gran energía», «lograba identificarse plenamente con los pueblos con los que vivía». A pesar de ser presuntuoso, banal, asistemático, simple, prolijo, intelectualmente provinciano, y quizás algo deshonesto, lograba entenderse, no se sabe cómo, con los nativos.

Justo ahora tenemos una evidencia más directa del tipo de persona que fue aquel excelente investigador de campo. Una evidencia que toma la forma de un documento muy curioso, cuyos editores han decidido titular *Un diario en el sentido estricto de la palabra*, realizando un esfuerzo para aclarar que es un diario en un curioso sentido del término. Escrito en polaco, durante los años 1914-15, cuando estaba en Nueva Guinea en su primera expedición, y en los años 1917-1918, cuando estaba terminando su famosa investigación sobre las Trobriand, el diario no consiste, en su mayor parte, ni en la descripción de sus actividades diarias ni en el testimonio del impacto personal que esas actividades tuvieron sobre él. Más bien se trata de un cuadro mental cuyas estereotipadas figuras —su madre, un amigo de la infancia con el que había regañado, una mujer a la que había amado y deseaba olvidar, otra mujer a la que amaba por aquel entonces y con la que quería casarse— están a mil kilómetros de distancia, petrificadas en actitudes atemporales a las que observa obsesivamente con un autodesprecio ansioso. Parece como si para este hombre de «tremendo poder para el contacto personal», todo lo local e inmediato en los Mares del Sur estuviera emocionalmente detrás de los bastidores y fuera sólo un útil objeto

de observación o una insignificante fuente de irritación. Este diario sugiere que Malinowski trabajó, durante más de tres años, con gran dedicación, por una parte, y vivió con intensa pasión, por otra.

El significado de esto es negativo para la imagen antropológica de sí mismo, sobre todo porque esa imagen ha sido tan autocongratulatoria. Efectivamente, para una disciplina que se autodesprecia siempre que no posee amplitud de miras, es muy desagradable descubrir que su investigador de campo arquetípico fue, en vez de un hombre de sentimientos católicos y de gran generosidad, un hombre de quien su contemporáneo oceanista R. R. Marett pensaba que era capaz de entrar en el corazón del buen salvaje, un quisquilloso, un egoísta, un narcisista hipocondríaco, cuyos sentimientos de solidaridad hacia los pueblos con los que vivía eran muy limitados. (El los califica constantemente en su diario —rebajando su nivel lingüístico— de malditos, insolentes o asquerosos negros, e incluso ni siquiera los menciona a no ser para expresar su desprecio hacia ellos: «Estoy viviendo fuera de Kiriwina [la región principal de las islas Trobriand en la que estuvo, físicamente, viviendo] y en realidad odio profundamente a los negros.») Pero la verdad es que Malinowski fue un gran etnógrafo, y, cuando se tiene en cuenta su época, uno de los más sagaces que hayan existido. El problema es que aparentemente también fue un hombre desagradable.

Malinowski, que fue un iconoclasta toda la vida, destruyó en esta tosca, fatigosa y póstuma obra un último ídolo, un ídolo que él mismo había contribuido a crear: el del investigador de campo con una gran identificación con los indígenas. A la vez que Malinowski perfeccionaba esa especie de investigación de campo intensiva, también se consolidaba la noción de que el éxito de tal investigación dependía de la creación de un vínculo especial de comprensión entre el antropólogo y el informante, un vínculo definido como «relación». Al contrario del misionero, del funcionario colonial, del comerciante

(a los que Malinowski consideraba como locos o algo peor) o, actualmente, el agregado de embajada, el representante de Coca-Cola, el periodista y el economista viajero, el antropólogo «comprende a los nativos», por lo que éstos a cambio, apreciando esa comprensión, revelan al antropólogo sus pensamientos y sus sentimientos más íntimos.

Claro está que esta concepción tan poco sofisticada de esa relación es sentimental y autocomplaciente, y por tanto falsa. Aunque bien es verdad que un cierto tipo de relación identificadora es el núcleo de una investigación de campo efectiva; y que la habilidad para impulsar a hablar a un informante, que no tiene ninguna razón para hacerlo, con sinceridad y detalladamente sobre lo que desea saber el antropólogo es lo que distingue en etnografía a una persona dotada de talento de un incompetente. El valor del ejemplo embarazoso de Malinowski consiste en que, si se toma seriamente, resulta difícil defender el lado sentimental de la relación basada en la simbiosis de antropólogo e informante en un único universo moral, emocional e intelectual. Lo que es seguro que no hizo Malinowski fue asimilarse a los nativos para obtener el material que ocupa más de 2.500 páginas de las monografías descriptivas más importantes que escribió sobre las islas Trobriand:

A las 10 fui a Teyava, en donde fotografié una casa, a un grupo de muchachas, y el [intercambio de comida] y estudié la construcción de una casa nueva. En esa ocasión dije un chiste vulgar, y un maldito negro hizo un comentario de reprobación, por lo que me irrité profundamente hasta el punto de maldecirlos. En ese momento pude controlarme, pero me irritaba muchísimo que un negro se hubiera atrevido a hablarme de esa forma.

Realmente, la relación entre un antropólogo y el pueblo al que estudia es inevitable y radicalmente asimétrica. Cuando las dos partes se encuentran lo hacen con bagajes culturales diferentes, con expectativas diferentes

y con propósitos diferentes. No son miembros de una misma comunidad, una realidad que no puede negar ningún tipo de comentario sobre la fraternidad humana o sobre la sociedad de la humanidad total. Sus intereses, sus posibilidades, sus necesidades, y no digamos su actitud ante la vida, son completamente diferentes. No ven las cosas de la misma forma ni las sienten de la misma forma, por lo que las relaciones entre ambas partes están caracterizadas por una tensión moral, una estable ambigüedad ética. La mayoría de los antropólogos no son tan irritables como Malinowski, realmente él parece (pero esto puede ser el resultado de haber sido más sincero que la mayoría) casi un enfermo, un caso extremo. Pero el hecho de que muchos y buenos etnógrafos sean hombres razonablemente amables que aman y admiran a las personas con las que trabajan no cambia mucho las cosas. El más noble de los antropólogos afronta el problema como Malinowski lo afrontó: buscando la manera de entrar en una forma de vida no sólo diferente sino también incompatible con su propia vida.

Lo que salvó a Malinowski, lo que le previno de hundirse completamente en la corriente emocional que el diario describe, no fue una amplia capacidad de identificación. No se evidencia en ninguna de sus obras que hubiera encontrado la forma de comprender los sentimientos del indígena, ni siquiera los del menos tímido. La psicología está llena de generalizaciones, las ideas y las emociones son simples tipificaciones. «Los trobriandeses» (o, incluso a menudo, «el salvaje») hacen esto o eso, sienten esto o eso, piensan esto o eso. El individuo aparece sólo momentáneamente y casi como una imagen sospechosa de algunos rasgos generales de la mentalidad trobriandesa. Lo que le salvó también fue una increíble capacidad de trabajo. Para ser un hombre que se queja en su diario casi todos los días de aletargamiento, aburrimiento, enfermedad, desesperación, o de una incapacidad general para terminar cualquier tipo de tarea, consiguió reunir una cantidad sorprendente de datos. Lo que sacó a

Malinowski de su oscuro mundo de obsesiones edípicas y de autoconmiseración y le permitió entrar en la vida cotidiana de las Trobriand no fue una compasión universal sino una creencia casi calvinista en una capacidad de trabajo purificadora:

Y por lo que se refiere a la etnografía: veo la vida de los indígenas completamente desprovista de interés o importancia, algo tan ajeno a mí como la vida de un perro. Durante el paseo, consideré de suma importancia pensar en lo que estoy haciendo aquí. En la necesidad de recoger muchos documentos. Tengo una idea general sobre su vida y algunos conocimientos de su lengua, y aunque sólo pueda «documentar» de alguna forma todo esto, tendré un material de gran valor. —Debo concentrar mis ambiciones y mi trabajo en algún objetivo. Debo organizar el material lingüístico y recoger documentos, encontrar un modo mejor de estudiar la vida de las mujeres [utensilios domésticos], y el sistema de las «representaciones sociales». Fuerte impulso espiritual.

El diario está lleno de autoexhortaciones morales a abandonar las prácticas de onanismo, a dejar de abusar de las mujeres nativas y de leer novelas decadentes y a ponerse a hacer lo que se suponía que tenía que hacer allí. Cuando esto se combina con el tema constante de la autocondena, el libro tiene casi el tono de un tratado puritano:

Me levanté a las siete. Ayer, bajo la mosquitera, pensamientos sucios: Mrs. [H. P.]; Mrs. C. e incluso Mrs. W... Incluso pensé en seducir a M. Liberarse de todo esto... Hoy me levanté a las 7 indolente: estaba acostado bajo la mosquitera y deseaba leer un libro en vez de trabajar. Me levanté y di una vuelta por el poblado. [Estudié el intercambio comercial.] He decidido evitar cualquier tipo de pensamiento lujurioso, y con respecto a mi trabajo terminar hoy, si es posible, el censo. A las 9 aproximadamente fui a Kaytabu, en donde llevé a cabo el censo con un anciano barbudo. Trabajo monótono, estúpido, pero indispensable.

Me he despertado muy tarde: bajo la mosquitera una tendencia a abandonarme, como siempre; algo que conozco muy bien. He planificado los detalles de una excursión a Kitava y he pensado en la documentación [el comercio nativo]. He escrito algunas conversaciones... Conversaciones con [el jefe de la isla].

Principios morales: no debo nunca llegar a ser consciente de que otras mujeres [aparte de su novia] tienen cuerpos, de que hacen el amor. He decidido también rebajar la línea de resistencia en materia de novelas. Estoy muy contento de no haber caído otra vez en el hábito de fumar. Ahora debo hacer lo mismo con respecto a la lectura. Debo leer poesía y cosas serias, y debo evitar completamente las novelas decadentes. Y *debería* leer obras etnográficas.

La falta total de «personalidad moral» es desastrosa. Por ejemplo, mi comportamiento en casa de George, mis tocamientos de Jab., bailando con ella, etc., principalmente a causa de un deseo de impresionar a los otros compañeros... Debo tener un sistema de específicas prohibiciones formales: no debo fumar. No debo tocar a una mujer con intenciones suberóticas. No debo traicionar a E. R. M. [su novia] mentalmente, por ejemplo, recordando mis previas relaciones con las mujeres, o pensando en las futuras... Preservar la intrínseca personalidad esencial ante todas las dificultades y vicisitudes: nunca debo sacrificar los principios morales o el trabajo esencial al «ponerse en pose», al *Stimmung* festivo, etc. Mi objetivo principal debe ser ahora: trabajo. *Ergo*: ¡trabaja!

En casi todas las páginas se encuentra algo como esto. Tiene fantasías eróticas de un tipo u otro, recuerda a su madre o a su novia, está oprimido por el sentido de culpa, y decide, a pesar de una tremenda apatía, ponerse a trabajar, y lo hace con un sentimiento de venganza. Entonces se siente, especialmente si el trabajo sale bien, cansado pero eufórico, y habla, a menudo con verdadera elocuencia, sobre la belleza del paisaje «hacia el cual tengo un sentimiento voluptuoso».

La etnografía, esa expiatoria aproximación al trabajo producido, era, como cabe esperar, detallada, concreta,

totalizadora hasta llegar casi a la indiscriminación, y —la palabra es inadecuada— voluminosa. «Trabajando a mi ritmo actual», subraya con una de sus formas más optimistas, «debería volver cargado de materiales como un camello». Lo hizo, y cada una de sus obras importantes es una enorme enciclopedia de datos sobre cada uno de los argumentos referidos al tema general, e incluso sobre argumentos que no tienen ninguna relación. *La magia de los jardines de coral*, publicado por primera vez en 1935 y vuelto a publicar ahora (Malinowski la consideraba como su mejor obra) es un primer ejemplo. En sus 800 páginas, divididas en dos volúmenes no demasiado integrados, se encuentra de todo, desde diagramas de modelos de casa, planos de zonas ajardinadas y listas de intercambio de batatas, hasta extensas discusiones sobre la organización de los clanes en las Trobriand, los ritos agrícolas, los intercambios de regalos y las prácticas de jardinería, más un análisis sobre los métodos de campo (incluido entre un capítulo sobre «El cultivo del taro, la palma y el plátano» y otro sobre «La posesión de la tierra») y (en el volumen segundo) noventa y ocho textos mágicos sobre la lengua de las Trobriand completados con traducciones literales y libres, y comentarios. Hay secciones denominadas «Una teoría etnográfica sobre el mundo mágico», «Cómo es la especialización industrial en Malasia», «Un paseo por los jardines», «*Kayaku*. El Jefe y el Mago en consejo», «Hambre, amor y vanidad como fuerzas conductoras en el rito de la cosecha en las islas Trobriand», y «Frutas del bosque y de las zonas salvajes», después de las cuales hay un extenso apéndice en el que se lamenta sobre la cantidad de datos que no ha podido recoger (por ejemplo, con qué frecuencia los nativos calculaban el número de semillas de batata por lote de huerto).

Los ex-discípulos de Malinowski tenían razón: es este amplio *corpus* de material, en *Los jardines de coral*, en *Los Argonautas*, en *Crimen y costumbre*, en *Sexualidad y represión en la sociedad salvaje*, en *La vida sexual de los salvajes*, lo que constituye su mérito. El resto —la teoría

biológica del funcionalismo, la teoría contextual del lenguaje, la teoría familiar de la magia, la interpretación falsamente económica del comercio primitivo, el estudio de la extensión de los lazos familiares en la organización social parecen ahora, siendo indulgentes, los primeros pasos débiles hacia una adecuada conceptualización de la cultura, y, no siéndolo, una simplificación dogmática que ha causado más daño que beneficio. Sus logros consisten en haber recogido un testimonio fiel, vivo y realmente conmovedor de una forma primitiva de vivir, desprovisto de los exotismos psicológicos que habrían llenado la obra de cualquier otro estudioso. Porque si los trobriandeses son en su diario privado «negros malditos», en sus obras etnográficas ellos están, gracias a una transformación misteriosa realizada por la ciencia, entre los nativos más inteligentes, dignos y conscientes de toda la literatura antropológica: son hombres, Malinowski insiste siempre, como tú y yo.

Lo que Malinowski no pudo conseguir aparentemente mediante el contacto humano, o sea la intuición sobre la vida en las Trobriand, lo consiguió mediante la laboriosidad. Impedido, por ciertos aspectos de su propia personalidad, para investigar directamente lo que, en *Los Argonautas*, él denominó el objetivo final de la etnografía, «la comprensión del punto de vista del indígena, de sus relaciones con la vida, así como de su visión de su mundo», él lo logró indirectamente. Aislado, incluso alejado emocionalmente de esos seres, luchó por comprenderlos observándolos pacientemente, hablando con ellos, reflexionando sobre ellos. Sólo una aproximación de ese tipo puede conducir tan lejos. Y esto llevó a Malinowski mucho más lejos porque, a pesar de sus tormentos personales o a causa de ellos, resistió en la lucha inflexiblemente. «Realmente», dijo en la parte final del diario, «carezco de un verdadero carácter». Quizás: pero esto depende de lo que se entienda por carácter.

C. G.

Traducción: *Valentina Valverde*.